

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

GRADO DE SOCIOLOGÍA

ASIGNATURA: TRABAJO DE FIN DE GRADO

*Del fascismo a la extrema
derecha en la Europa
contemporánea*

Manuel José Martínez Perdomo

Curso: 4º de Grado de Sociología (2010)

Tutora: Teresa González de la Fe.

Departamento de Sociología y Antropología

Resumen

La extrema derecha actual ha sido considerada por muchos como heredera del fascismo clásico del periodo de entreguerras, pero hasta que punto se halla esclarecida la relación entre ambos movimientos siempre ha sido un tema de arduo debate. La extrema derecha actual se nutre de una diversa camarilla de intelectuales y científicos sociales que en ocasiones actúan de enlace entre el pasado y el presente, intentando dotar al populismo nacionalista de la actualidad con una base teórica que reivindica los postulados del fascismo al mismo tiempo que sirven de apoyo a las plataformas actuales de extrema derecha en la Unión Europea.

Palabras clave

Extrema derecha, fascismo, racismo, neofascismo, movimientos sociales

Abstract

The current extreme right has been considered by many as an inheritor of classic fascism from the period between world wars, but the point in which the relationship among these two movements is clear has been always a topic of arduous discussion. The current far right is fed by a diverse group of intellectuals and social scientists that in occasions act as a link between the past and the present, trying to give nationalist populism a basis in theory that reinvindicates fascism propositions while at the same time backing current platforms of the far right in the European Union.

Keywords

Far right, fascism, racism, neofascism, social movements

Índice

| | |
|--|----|
| Introducción..... | 4 |
| Metodología..... | 4 |
| 1. El fascismo clásico..... | 5 |
| 1.1 Orígenes del movimiento fascista..... | 6 |
| 1.2 Características del fascismo..... | 8 |
| 2. La extrema derecha en la actualidad..... | 11 |
| 2.1 La Nueva Derecha..... | 14 |
| 2.2 Partidos de extrema derecha en la Unión Europea..... | 20 |
| Conclusiones..... | 24 |
| Bibliografía..... | 25 |

Introducción:

Los análisis realizados a lo largo de la década de los ochenta y primeros años noventa sobre las formaciones de extrema derecha se apoyaban principalmente en la literatura académica sobre el fascismo histórico, de tal manera que el análisis de la emergencia de formaciones actuales de extrema derecha se hacía principalmente a partir de una óptica comparativa con los movimientos fascistas de entreguerras. No obstante, a partir de los años noventa en adelante los autores se han ido apoyando en nuevos enfoques académicos para desarrollar unos análisis sobre la materia que, en cierta medida, supusieron una ruptura con la perspectiva adoptada hasta el momento. Las obras de estos autores marcaron una tendencia a diferenciar el estudio de la nueva extrema derecha de lo que es el fascismo de entreguerras y las corrientes neofascistas de posguerra.

Las nuevas formaciones de extrema derecha no establecen una conexión directa y explícita con la experiencia fascista de entreguerras y con el pensamiento e ideología fascista y en muchos casos incluso las rehuyen. El antisemitismo ha perdido la centralidad que tuvo y ha sido sustituido por un creciente uso de la figura del musulmán como elemento que amenaza el futuro de Europa y de sus respectivas comunidades nacionales. Asimismo, la nueva extrema derecha ya no centra su discurso en el racismo biológico y jerárquico característico de la extrema derecha tradicional, sino que ha adoptado el discurso del nuevo racismo culturalista, y al mismo tiempo se ha apuntado que un rasgo distintivo es su aceptación y participación en los sistemas parlamentarios liberales. Este parlamentarismo de la nueva extrema derecha puede visualizarse en algunos elementos relativos a su organización y sus actitudes políticas. En este sentido, la extrema derecha ha abandonado la violencia como método de acción política y no dispone de milicias armadas como las que caracterizaban a los movimientos fascistas de entreguerras. Asimismo, estas formaciones rechazan frontalmente las ideas de los demás actores políticos pero admiten la existencia de otros puntos de vista y la legitimidad de las diferentes alternativas políticas. De tal manera que, a diferencia de las formaciones fascistas, no defienden la identificación total entre el Partido y el Estado.

Metodología:

Este trabajo analiza las fuentes bibliográficas disponibles para analizar los lazos intelectuales entre el fascismo de entreguerras y la extrema derecha actual en Europa.

Se examinan trabajos académicos, mayormente publicados desde principios de los noventa, que tratan acerca de los movimientos de la extrema derecha actual y su relación con el fascismo clásico del periodo de entreguerras, particularmente la herencia que el sector intelectual del fascismo depositó en el movimiento teórico y metapolítico de la Nueva Derecha, corriente que tuvo su advenimiento en Francia y acabo influyendo esporádicamente en los movimientos de activismo neofascista que surgieron en los distintos estados miembros que conforman la Unión Europea. Al mismo tiempo en un primer punto del presente estudio se examinan las fuentes procedentes de distintos autores que esbozan un perfil bastante elaborado de las características y orígenes del fascismo clásico como actor político y social durante las décadas de los años veinte y treinta. En el segundo apartado del estudio se desglosan las distintas causas que pueden llevar al electorado moderno a votar por partidos u organizaciones de extrema derecha, presentando distintas teorías estudiadas sobre este componente político.

1. El fascismo

El fascismo es, sobre todo, un movimiento nacionalista y, por lo tanto, siempre que la nación y el Estado se hallen fuertemente identificados, se ensalza la autoridad de este último y su primacía frente a todos los grupos sociales e intereses conflictivos (Linz et al, 2008). En los países donde la nación no se ha constituido todavía como un Estado, es a veces difícil decir si el movimiento estudiado es simplemente nacionalista, extremista o fascista. En algunos casos un movimiento que originariamente no podía ser definido como fascista se va fascistizando progresivamente en la lucha por la independencia nacional. Toda definición del fascismo como movimiento tardío debería destacar todo aquello contra lo que estaba, y hay que considerar su novedoso atractivo y su concepción del hombre y de la sociedad. Además de estos elementos ideológicos, ninguna definición puede ignorar la importancia de su estilo propio a nivel estético o retórico. También su descubrimiento de la organización política paramilitar dispuesta a emplear la violencia contra sus oponentes antes que a intentar llegar al poder mediante la conspiración o la campaña, fue una innovación de carácter trágico que hizo más significativo incluso a muchos de los partidos fascistas menores. Se puede analizar el fascismo según el potencial totalitario de las diferentes ideologías, movimientos y partidos antidemocráticos, y preguntar desde la bibliografía si aquellos que han sido caracterizados como fascistas eran distintos en este sentido. El fascismo, como movimiento, presentaba las bases para el desarrollo de un régimen totalitario y su

concepción de la sociedad y de la relación del individuo con la nación y con el Estado, así como la realización de esta concepción, hubieran llevado al establecimiento de regímenes totalitarios en países distintos de Alemania.

No obstante, en un contexto político real el fascismo, más allá de Italia o de Alemania, no alcanzó el poder durante un tiempo lo suficientemente prolongado como para desarrollar todo su potencial totalitario. El hecho de que los movimientos fascistas solo fueran un elemento más o menos importante en las coaliciones antidemocráticas, que a menudo estaban lideradas por personas y fuerzas no identificadas con los ideales fascistas, evitó que los fascistas realizarán sus ambiciones totalitarias. La ausencia de un movimiento fascista no implica necesariamente que un sistema político y un país no puedan llegar a mostrar rasgos totalitarios. Dado que el concepto ya estaba presente en los años treinta y en particular en las obras clásicas sobre el totalitarismo, es evidente que un cierto número de sistemas políticos comunistas, soviéticos, leninistas-estalinistas o maoístas, han sido percibidos como perseguidores del ideal totalitario y se les ha identificado con esta denominación. Incluso dejando de lado la identificación del totalitarismo con la represión irracional y generalizada, las respuestas pueden diferir bastante.

Se debe aclarar que la distinción entre regímenes totalitarios y autoritarios no implica que estos últimos no sean tremendamente represivos, responsables de violaciones de los derechos humanos y en muchos países culpables de aplicar políticas antisemitas e incluso de una colaboración espontánea con las políticas genocidas de los nazis.

1.1. Orígenes del movimiento fascista

Las crisis de carácter económico, político y social durante las décadas de los años veinte y treinta crearon un espacio político que los fascistas llenaron ofreciendo adaptaciones nacionales de una fórmula política novedosa, revolucionaria, espiritual, juvenil y moderna; pero que también era, a la vez, conservadora, tradicional y respetuosa con las estructuras económicas y sociales, lo que le garantizaba el apoyo de los sectores conservadores en el caso de que decidieran dar su respaldo al fascismo, aunque hubo determinadas excepciones. Todo este ideario fascista, y las prácticas políticas en los regímenes de Hitler y Mussolini, constituyeron una alternativa de la derecha radical a la modernidad liberal, al ofrecer soluciones a cada una de las angustias, alienaciones y miserias de las sociedades europeas del primer tercio del siglo XX. A todo el contexto de

crisis generalizada y desesperación, los idearios fascistas pretendieron dar respuesta, siendo ésta una de las razones clave de la evidente fascinación política que ejercieron en grandes sectores de la población europea, de forma transversal a factores sociales, económicos, ideológicos y culturales. Se puede constatar la gran importancia que tiene para la visión del mundo fascista su concepción del hombre y de su entorno como en las de toda ideología; según esta, los seres humanos de sexo masculino, para lograr vivir en armonía consigo mismos y con las inexorables leyes de la naturaleza que en última instancia los domina, deben reconocerse a sí mismos como agresivos, desiguales, jerarquizados y territorializados. Se estima a la violencia como parte natural de la vida y al conflicto como la solución a todos los enfrentamientos entre grupos con distintas señas de identidad.

Una de las grandes paradojas del fascismo es que, siendo un movimiento nacionalista que respondía a los problemas específicos de cada sociedad, se convirtiera desde un principio en uno de los movimientos políticos europeos más internacionalistas, con grandes afinidades entre los líderes de los distintos países, apoyo mutuo en la lucha por el poder, extrema dependencia de los partidos menores de los más fuertes y a menudo la traición a los propios intereses nacionales en aras de la solidaridad del movimiento. En cierto sentido, el fascismo experimentó un desarrollo opuesto al comunismo, que empezó con una fuerte orientación internacional y el reconocimiento del liderazgo del considerado como primer país socialista, y derivó hacia grupos de partidos con multitud de ejes centrales y en ocasiones con una gran orientación nacionalista. El hecho de tener enemigos comunes contribuyó mucho al sentido de solidaridad entre los movimientos fascistas, de la misma manera que el antifascismo consiguió temporalmente unir a fuerzas políticas muy distintas. Incluso aunque el fascismo no hubiera sido radical y extremista en sus tácticas, su violencia y su demagogia, esta acumulación de posiciones de oposición a otras ideologías y su falta de vínculos evidentes con las estructuras establecidas de la sociedad, así como la relativa juventud de sus líderes, hicieron inevitable su carácter radical. En muchos países, el fascismo no fue capaz de hacer una revolución, incluso si muchos de sus componentes llegaron a comportarse emocional y subjetivamente como si estuvieran viviendo un levantamiento armado. Es importante subrayar que en otros muchos movimientos destacaron algunas de las mismas características de oposición que tenía el fascismo hacia otras corrientes e ideologías, pero ello no nos permite definirlos como fascistas; el antiparlamentarismo y el sueño de un sistema corporativo de representación como sustituto de los parlamentos eran sentimientos ampliamente compartidos por los católicos, por los conservadores e incluso por algunos liberales. Los conservadores criticaban la democracia,

el liberalismo y los partidos políticos tanto como los fascistas, pero no compartían con ellos su populismo y su oposición al capitalismo, y probablemente hubieran dudado en tomar las mismas posiciones ante diversas facciones (Linz et al, 2008).

El periodo de entreguerras representa una combinación paradójica de la creencia en la política internacional y al mismo tiempo en la posibilidad de resolver todos los problemas de la sociedad confiando el poder a un líder fuerte con la ideología correcta. La búsqueda de la comunidad nacional como factor de unidad definitiva implicó el desprecio hacia la inevitable heterogeneidad social, los valores y derechos específicos de instituciones como la religión y las Iglesias, el mercado, los empresarios, la ética profesional, la universidad, los conflictos de clase, los grupos de interés y los sindicatos. El rechazo de una sociedad que se expresa a través de una multitud de canales políticos pero no politizados y que no busca la hegemonía política y cultural. Los regímenes autoritarios eran contrarrevolucionarios o al menos conservadores y estaban dirigidos por hombres formados en el siglo XIX, mientras que el fascismo era un fenómeno revolucionario, profundamente hostil a los valores de ese siglo, populista y dirigido por una nueva generación de líderes. Podemos arriesgarnos a afirmar que, a principios del siglo XX, el conflicto enfrentaba a cuatro opciones alternativas; siendo las mismas la democracia, el totalitarismo fascista, el totalitarismo comunista y el gobierno autoritario. Los demócratas se enfrentaron al fascismo debido a su poco aprecio por la libertad individual y por los derechos humanos, pero los totalitarios los menospreciaban por su falta de mística revolucionaria y su defensa del orden económico y social existente. A su vez, los gobernantes autoritarios rechazaban el fascismo, conscientes de sus ambiciones y de su potencial revolucionario, e intentaron domar y ocasionalmente reprimir los movimientos fascistas cuando estos amenazaban con derrocar al autoritarismo conservador.

1.2 Características del fascismo

Se puede definir el fascismo como una forma de conducta política caracterizada por una preocupación obsesiva por la decadencia de la comunidad, por la humillación o victimización de la misma a manos de enemigos internos y externos, y por cultos compensatorios de unidad, energía y pureza. Dentro de esta forma de conducta política un partido con una base de masas de militantes nacionalistas comprometidos, trabajando en una colaboración incómoda pero eficaz con élites tradicionales, abandona las libertades democráticas y persigue con violencia a los disidentes. En síntesis, el diagnóstico es el de la existencia de una crisis que ha conducido a la comunidad a la

decadencia, de ahí que el objetivo general sea la palingénesis o renacimiento (Griffin, 2010). Los medios estratégicos consisten en adoptar una forma que pudiera ser descrita como revolucionaria, aunque ecléctica, de nacionalismo por medio de la identificación de las reivindicaciones sociales con las reivindicaciones nacionales que culminarían en un imperio, y plantearían una alternativa ideológica, política y cultural a las libertades democráticas (Paxton, 2005).

Muchos movimientos de la extrema derecha actual y del fascismo clásico o tradicional se definen como pertenecientes a la llamada Tercera Posición, presentándose ante el público como una fuerza de oposición ante las posiciones tradicionales de derecha e izquierda, e identificándose a sí mismos como más allá del espectro político tradicional y abogando por un socialismo no marxista que enfatiza la identidad nacional como factor principal que regule las vidas de los ciudadanos del estado. Tienen un fuerte carácter totalitario, y los rasgos comunes a todos ellos son la defensa de un sistema autárquico, el militarismo, la exaltación de la guerra y de la violencia como el estado natural de la vida humana, la acción directa y violenta contra oponentes políticos, así como la instauración de un único partido a nivel estatal en la estructura política de la nación. En el terreno social se asocia a esta ideología con el conservadurismo y la defensa a ultranza de las tradiciones, aunque esto no tiene que ser necesariamente una característica general de todos los movimientos fascistas.

Uno de los obstáculos principales a la hora de definir el fascismo como ideología es la dificultad de hallar un plan único de comparación, visto el diferente grado de formación y de afirmación de las distintas variantes del mismo. La diferencia entre los movimientos que no llegaron al poder y los que se transformaron en régimen concretando y desarrollando sus políticas sobre el plano de ordenamiento estatal. Sólo los movimientos de Mussolini y de Hitler consiguieron conquistar directamente el poder dando vida a un nuevo régimen político fundado en el partido único, y se prestan por tanto a un análisis comparativo. Casi todos los demás fascismos fueron movimientos sin régimen, incluso si alguno de los movimientos fascistas participo del poder con otras fuerzas, como el de la Falange en la España de Francisco Franco. En este contexto, el movimiento fue reducido a soporte del régimen autoritario militar, que lo confinó a una posición subordinada y marginal. Los fascismos, además, se diferenciaron por la diversidad de tradiciones históricas, de situaciones nacionales, de vicisitudes políticas, y por los diferentes niveles de desarrollo económico, de modernización y de movilización social de los distintos países. De aquí la necesidad de introducir en la constelación del

fenómeno fascista nuevas especificaciones, el problema de las diferencias no solo se limita al área geográfica y al nivel de desarrollo, sino que afecta también a la propia naturaleza de estos movimientos, es decir a la formación social, a la cultura política y a la concepción del Estado nacional. A nivel ideológico, el antisemitismo fue fundamental en el nazismo y en los movimientos fascistas de Europa Oriental, y en cambio fue marginal en el fascismo italiano. La tesis de un fascismo internacional que comprenda gran parte de los movimientos nacionalistas y de los regímenes autoritarios surgidos en Europa después de la Primera Guerra Mundial es sostenida por los historiadores que fundamentan la unidad del fenómeno en su naturaleza clasista de reacción burguesa, conectada de manera estructural y funcional al sistema capitalista, y según ellos el fascismo sería un peligro siempre presente en los países capitalistas (Collotti, 1989).

Payne (2001) alega que toda definición de las características comunes de los movimientos fascistas debe utilizarse con mucha cautela, pues estos movimientos diferían entre sí en tantos aspectos como características nuevas y notables que tenían en común. Este mismo autor argumenta que uno de los rasgos más destacables del fascismo es su profunda oposición al conservadurismo tradicional, a pesar de que los grupos fascistas estaban dispuestos a concertar alianzas temporales con grupos de cualquier otro sector y que habitualmente encontraron aliados temporales en la derecha. Las ideas de los fascistas tenían claras bases filosóficas y culturales, pese a frecuentes afirmaciones en contra. El objetivo del idealismo fascista era que un hombre nuevo lograra la excelencia, tanto física como artística y espiritual, se basaba en derribar las estructuras existentes para así poder alzar una construcción nueva sobre las ruinas de las mismas. Si bien los movimientos fascistas no lograron del todo una movilización fuerte de las masas, consiguieron una militarización de la política sin precedentes con su uso de insignias y terminología militar que lograba reforzar el sentimiento constante de lucha y de combate. Como casi todos los movimientos que se consideraban a sí mismos como revolucionarios, hacen un llamamiento especial a los jóvenes y recurren desproporcionadamente a los activistas de esta edad. Es posible que muchos fascistas no admitieran necesariamente la etiqueta de antidemocráticos. En realidad, muchos de ellos se justificaban con el argumento de que, al igual que suele clamar la extrema derecha en la Europa actual, luchaban por una democracia más pura y genuina en la que la participación del individuo en la política no tuviera que estar mediatizada por profesionales de la política, por influencias clericales y por el acceso a los medios. Se trataría de una participación que supondría la implicación personal con plena dedicación

en el movimiento político y a través de la identificación con el líder, que representaría los sentimientos de todo el mundo. Para ellos, las elecciones corrompían la oportunidad de expresión de los auténticos intereses de todo el pueblo, y la democracia reducida a votar ocasionalmente y en secreto representaba un bajo nivel de implicación política en el destino de la nación, una corrupción de su espíritu original. La posición antidemocrática del fascismo no era ciertamente la del conservador de viejo estilo, la élite no estaba basada en características adscriptivas o en un alto estatus social de educación o económico, sino en la dedicación a la causa (Linz et al, 2008), sino que se trataba de una élite abierta a todos aquellos dispuestos a dedicar sus energías al movimiento sin importar el origen o la clase social. Los partidos fascistas, dirigidos de manera autoritaria, iban a ser genuinamente democráticos en su reclutamiento y en las oportunidades de acceso al poder que ofrecían; estos nuevos movimientos, que representaban a toda la sociedad y no a una clase en particular, serían más democráticos. Los movimientos fascistas representaron la expresión más extrema del nacionalismo europeo moderno, pero no toda la derecha nacionalista y autoritaria podía estar identificada con el fascismo. No obstante, a partir de la victoria electoral de los nacionalsocialistas alemanes, los movimientos y los regímenes autoritarios de derechas en toda Europa también empezaron a adoptar diversos aspectos de la fascistización, a asumir algunos de los rasgos externos del estilo fascista con el fin de presentar una imagen más moderna y dinámica y así alcanzar una mayor movilización e infraestructura social. Las características de esos grupos variaban considerablemente, lo cual no es de sorprender en movimientos autoritarios que estaban estructurados en gran medida sobre la base de un voluntarismo nacional y de la insistencia en las diferencias étnicas.

2. La extrema derecha en la actualidad

En las décadas posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial la extrema derecha europea se hallaba en una posición de clara marginalidad política y social. El recuerdo traumático de la guerra y las evidencias del genocidio perpetrado por el régimen nacionalsocialista de Alemania parecían garantizar que la ciudadanía europea se mantendría alejada de los discursos y propuestas de la extrema derecha. Los éxitos electorales obtenidos por formaciones políticas que se insertan en dicha tradición política eran siempre puntuales y efímeros. Una circunstancia que no hacía sino reforzar la creencia en que ya no era posible para la extrema derecha situarse de forma estable en el

centro del escenario político europeo (Goodwin, 2007). Este orden de cosas se vio severamente alterado cuando a partir de la década de los ochenta diferentes partidos políticos emplazados en la extrema derecha del espectro político obtuvieron representación parlamentaria. Formaciones como el Frente Nacional francés, el Vlaams Belang flamenco o el Partido de la Libertad austriaco, entre otras, se han convertido en actores políticos de primer nivel en sus respectivos países. Si bien los primeros éxitos electorales de estas formaciones pudieron ser considerados un fenómeno pasajero y, hasta cierto punto, anecdótico, la extensión por un cada vez mayor número de países y la consolidación electoral de algunas de estas formaciones han obligado a cambiar la mirada sobre el fenómeno. La extensión y estabilidad del fenómeno, junto con las importantes similitudes en lo que respecta al ideario y estilo político de las diferentes formaciones, han hecho que se hable de la emergencia de una nueva familia de partidos, que ha sido calificada alternativamente como una nueva extrema derecha, como representantes del neopopulismo o como una derecha radical populista (Norris, 2005).

Según la definición de Griffin (1991), el mínimo fascista estaría compuesto por tres componentes centrales: el mito del renacimiento, el populismo ultranacionalista y el mito de la decadencia. A partir de esta definición, Griffin apunta que la diferencia fundamental entre estas dos familias de partidos se encuentra en la escasa importancia que el mito del renacer nacional tiene en la nueva extrema derecha en comparación con su papel central en el fascismo. El nexo entre mito y organización en el fascismo hundía sus raíces en una concepción de la política y de las masas surgida mucho antes del fascismo, a consecuencia del nacimiento de la moderna política de masas, con la devaluación de la razón como suprema reguladora del hombre y de la Historia, y el descubrimiento del poder de lo irracional en los movimientos colectivos. El fascismo integró esta concepción con los mitos nacidos de la experiencia de la guerra y de las luchas callejeras, dando forma, progresivamente, a una nueva ideología opuesta a todas las anteriores y caracterizada desde sus primeras formulaciones por una orientación totalitaria. La divulgada opinión de una captura ideológica del fascismo por parte del nacionalismo resulta infundada o bastante dudosa, a no ser que se interprete en el sentido que fue el fascismo el que absorbió al nacionalismo y que este sobrevivió dentro de su ideología como una corriente bien definida y distinta, si bien nunca del todo asimilada. El fascismo afirmó la idea de nación como mito, mientras que para los nacionalistas esa era una realidad natural, un principio tradicionalista independiente de la voluntad de los individuos, un pasado que se impone al presente. Para el fascismo no había valores o

principios objetivos, validos en si, que transmitir o respetar en la tradición del pasado. En un mundo considerado sin sentido, la vida humana era solamente una manifestación de la voluntad de poder sin alguna justificación metafísica o ética. Contra el materialismo que era propio, según los fascistas, del capitalismo y del comunismo, el fascismo realzaba los valores del espíritu. El materialismo de uno y otro empobrecían al individuo en la figura del funcionario sometido a la regularidad burocrática, del obrero al servicio de la producción y de la maquina, del ciudadano educado en la moral pequeñoburguesa de la ganancia, del bienestar, de la indiferencia hacia la vida política y social, cerrado en su egoísmo, abatido en el degradante sistema colectivo, y sofocado en el anonimato de la urbanización.

La Nueva Derecha europea posee un grado de homogeneidad discutible y un planteamiento algo similar respecto a las ideas-fuerza del fascismo clásico previo al fin de la Segunda Guerra Mundial, siendo la hipótesis de autores como Joan Antón Mellón (2011) que el diagnóstico, la visión del mundo y los principios ontológicos de ambos idearios son, en gran medida, los mismos, a partir del hecho nodal que comparten la misma concepción del hombre, de la naturaleza y del papel teórico de las naciones y/o comunidades étnicas. Para poder entender el renacimiento de la extrema derecha, debemos retornar al periodo en el que nació la ideología fascista, ya que esta antes de convertirse en fuerza política, fue un fenómeno cultural. Su crecimiento no hubiera sido posible sin la rebelión contra el racionalismo ilustrado que barrió Europa tras la Revolución francesa y las guerras napoleónicas. El fascismo fue el intento de crear una alternativa global a los angustiosos problemas de la modernidad desde una óptica y cultura contrarrevolucionaria de la derecha radical, que evidenció su fortaleza ideológica y su gran capacidad de seducción política en contextos de deslegitimación de las estructuras políticas, agudización de los conflictos sociales, crisis económicas y procesos de pérdida de valores o anomia. La Francia del nacionalismo integral, de la derecha revolucionaria, fue la auténtica cuna del fascismo, a través del revisionismo revolucionario de Georges Sorel. La ideología fascista es el producto de una síntesis del nacionalismo orgánico y de la revisión antimaterialista del marxismo, que expresa una aspiración revolucionaria fundada en el rechazo del individualismo, e instaura los grandes componentes de una cultura política nueva y original: comunitaria, antiindividualista y antirracionalista, basada en el repudio de la herencia de la Ilustración y de la Revolución francesa, y en la construcción de una solución de un recambio social capaz de garantizar la perennidad de una colectividad humana en la que se integrarían perfectamente todas las

capas y todas las clases de la sociedad (Mellón, 2012).

2.1. La Nueva Derecha

La nueva extrema derecha se ha convertido en un sujeto político de gran relevancia en la Europa de este siglo. Ya sea a través de sus propios representantes electos o de la influencia que su presencia ejerce en el resto de grupos políticos, sus ideas y mensajes han penetrado en el cuerpo social y político de las sociedades europeas. Para llegar hasta este punto, para transitar desde la marginalidad al centro del escenario político, la extrema derecha europea ha tenido que transformarse, camuflarse y cambiar su estrategia política (Gallego, 2004). La nueva extrema derecha no pretende instaurar una dictadura carismática al estilo de los regímenes fascistas del periodo de entreguerras, su objetivo es extender su ideario mediante la lenta conquista de espacios de legitimidad e influencia política en el interior del sistema democrático. Para ello ha adoptado el discurso de los derechos, como viene siendo el derecho a la diferencia, a la propia cultura. Acepta que existan puntos de vista discordantes con el suyo, y respeta las reglas y resultados del sistema de democracia parlamentaria. En este aspecto y en otros, la nueva extrema derecha debe ser considerada como algo separado del fascismo y sus representantes políticos. No obstante, sería un error concluir que esta familia de partidos es inofensiva para la convivencia democrática. El peligro de estas formaciones no se encuentra en la posibilidad que quieran o puedan anular las libertades constitucionales y suprimir el sistema de democracia representativa, sino en que el sistema acepte y adopte sus propuestas discriminatorias y excluyentes. El proyecto político de la nueva extrema derecha puede ser comprendido, por tanto, como el intento de desarrollar un liberalismo etnocrático (Griffin, 2000). Esto es, una agenda política de exclusión que respeta los procedimientos formales de la democracia pero que rompe con el ideal democrático de igualdad radical entre los individuos. Si bien la nueva extrema derecha no tiene la suficiente fuerza como para implementar este ideario político por sí sola, sí que puede difundirlo y tratar de establecer coaliciones políticas, formales o informales, que desarrollen su agenda de exclusión (Betz & Johnson, 2004).

Existe una línea argumental que explica el reciente ascenso de la extrema derecha, basada en factores socioeconómicos, que señala que el apoyo a estas formaciones proviene principalmente de aquellos que están compitiendo por unos recursos escasos o de aquellos que se encuentran en una situación de privación económica (Eatwell, 2003). Los individuos experimentan una creciente vulnerabilidad

socioeconómica pueden sentirse atraídos por un discurso que ofrece respuestas simples y directas, tal y como podrían ser descritas las soluciones potenciales que ofrece. Esta línea explicativa parece apuntar principalmente hacia aquellos individuos que se encuentran en una situación de clara privación económica. No obstante, algunos autores puntualizan que el apoyo podría no venir tanto de aquellos que se encuentran en una situación de acuciante necesidad material, sino de aquellos que temen que los cambios socioeconómicos les empujen a dicha situación. En esta línea, Minkenberg (2000) considera que estos procesos pueden afectar a unos sectores mas amplios de la población que los que se encuentran en el ultimo nivel de la escala social, de tal manera que habría que tener en cuenta a todos aquellos que aun pudiesen perder algo. El miedo a la pérdida del estatus socioeconómico puede ser tanto o más importante a la hora de espolear el apoyo a las formaciones de derecha radical como unas condiciones objetivas de privación económica. Dentro de esta perspectiva se hace hincapié en la posible competición entre la población autóctona e inmigrada en el mercado laboral y en el acceso a los recursos públicos. La competición por unos recursos escasos llevaría a aquellos que no han podido acceder a dichos recursos, o que temen perder el acceso, a adoptar una postura de exclusión hacia el grupo social minoritario. Sin embargo pese al importante papel que puede tener la competición étnica, hay que entender en un sentido más amplio las angustias socioeconómicas que pueden conducir a un apoyo a la derecha radical populista.

Es notable también la línea argumental basada en variables socioculturales que parte de la idea de que, en las sociedades europeas de las últimas décadas del siglo XX, el conflicto por la distribución de los bienes materiales ha ido perdiendo relevancia entre las preocupaciones del conjunto de electores y en el debate político. Paralelamente, diferentes temáticas situadas en el ámbito sociocultural habrían adquirido un creciente protagonismo en el debate publico y en la demanda política de los electores. Esto habría llevado a que, junto al eje económico de izquierda y derecha, haya ido adquiriendo mayor importancia lo que se conoce como el eje de la izquierda o derecha sociocultural y de valores, enfrentadas ambas en un combate dialéctico y metapolítico. La consecuencia de este proceso sería que, para situar políticamente a un individuo, haya que hacerlo tanto en el clásico eje económico de izquierda y derecha como en el nuevo eje sociocultural o de valores. Según esta hipótesis explicativa, la politización y la creciente relevancia de las cuestiones culturales habrían permitido que las formaciones de derecha radical obtuviesen el respaldo de un importante número de

electores. En concreto, habrían obtenido, según Achteberg y Houtman (2006) el respaldo de un electorado interclasista que se sitúa a la derecha en el eje sociocultural. Asimismo, un elemento derivado de esta hipótesis es que se considera que las formaciones de derecha radical obtendrán mejores resultados en aquellos momentos en que las temáticas socioculturales, y no de política económica, estén en el primer plano del debate político y electoral, según Rydgren (2007). Este mismo autor considera que el eje sociocultural no es nada nuevo, y que tanto este como el socioeconómico han estado siempre presentes. Según este autor, lo novedoso sería que el eje socioeconómico ha perdido la centralidad que había tenido a lo largo de los dos últimos siglos y ahora ha de compartir esfera con su contrapartida sociocultural.

Con respecto a la hipótesis de la demanda política, las explicaciones sobre la emergencia de estas formaciones que se basan en los efectos que distintos fenómenos socioeconómicos y socioculturales han tenido sobre la demanda política de la población, han sido claramente dominantes en la literatura sobre este fenómeno. El atractivo de estas explicaciones, y una de las razones por las que han sido tan influyentes, es que apuntan a unas causas relativamente comunes al conjunto de países europeos. De tal manera que permitirían explicar la aparición, en un mismo periodo temporal, de formaciones similares en un gran número de países (Mudde, 2007). La línea de discusión relacionada con la oferta política alega que en los últimos años se ha otorgado una creciente importancia a la acción de los partidos, y al contexto en el que estos actúan, a la hora de explicar tanto el éxito como el fracaso de las formaciones de derecha radical populista. Diferencias que se producen ya no solo entre países, sino entre formaciones de derecha radical de un mismo país e incluso en los resultados de una misma formación en diferentes regiones, municipios y áreas intraurbanas. Todo ello ha llevado a la constatación de la necesidad de dejar de considerar a los partidos de derecha radical populista como meros beneficiarios de unos procesos sociales que escapan a su control e introducir en el análisis la capacidad de estas formaciones para beneficiarse o no de los cambios en la demanda política de la población (Goodwin, 2007). En este sentido, los análisis basados en la oferta política parten de la premisa de que en todos los países existe un potencial electoral suficiente para este tipo de formaciones. La creación y las características de este electorado potencial se explicarían principalmente a partir de las teorías vinculadas con la demanda. No obstante, el análisis de las variables situadas en el terreno de la oferta política permitiría analizar porque y como algunas formaciones consiguen extraer un rédito electoral de este potencial y

otras no. En este sentido, el análisis de la oferta política no debe ser entendido como una alternativa a las líneas explicativas centradas en la demanda política, sino que es una perspectiva que trata de complementar a las mismas. Uno de los factores que se incluyen en el análisis de la estructura de oportunidades es el de la influencia del marco institucional, y otro factor que se ha considerado especialmente relevante es el de la influencia del contexto político en la emergencia de estas formaciones. Se trata principalmente de saber que papel desempeña el comportamiento de las formaciones mayoritarias a la hora de abrir o no un espacio político que pueda ser aprovechado por la derecha radical (Kitschelt y McGann, 1995).

Una última temática externa a los partidos, y que tiene una gran influencia tanto en la emergencia como en la consolidación de estas formaciones es la del papel de los medios de comunicación. En relación con esta temática, se ha señalado que, si bien estos desempeñan un papel central en el éxito y en el fracaso de cualquier formación política, esto es aún más cierto en el caso de las formaciones de derecha populista (Taguieff, 2007). Por lo que respecta a las cuestiones de la oferta política relacionadas con el propio partido, elementos como el papel de los líderes de estos partidos y la organización interna de las formaciones han sido señalados como relevantes para el desempeño electoral de los mismos. Así, se ha apuntado que algunos líderes carismáticos tienen un importante papel en los éxitos electorales de estas formaciones. Un peso electoral que puede deberse tanto a la adhesión personal que suscitan entre determinados electores como a su capacidad para atraer la atención pública hacia su formación. No obstante, hay que tener en cuenta que hay partidos con un relativo éxito que no están encabezados por un líder de este tipo. Asimismo, varios autores coinciden en señalar que la importancia de estos líderes se concentra en los primeros años de actividad política de las formaciones en su emergencia, pero que, una vez que ya han atraído a nuevos votantes, la labor de fidelizar a estos votantes y mantenerse en el primer plano del escenario político tiene más que ver con el modelo orgánico del partido que con el carisma del líder. El tipo de discurso e imagen que proyectan estas formaciones ha sido considerado crucial para sus posibilidades electorales. En relación con el discurso político, se ha señalado que es fundamental que el mensaje que se hace llegar a la opinión pública sea lo suficientemente moderado como para evitar que el partido caiga en la posición de marginalidad y estigmatización que acostumbra a ocupar la derecha radical (Rydgren, 2005). Más allá de la verdadera ideología de las formaciones, el éxito parece ir íntimamente ligado con la capacidad de presentar sus

propuestas sin que la formación sea asociada con la extrema derecha tradicional. Para estas formaciones y partidos es fundamental conseguir algo de cierta legitimidad ante el electorado, que dependerá de factores tales como la modulación del discurso político, de una imagen más o menos moderna y desdiabolizada del partido y de su cúpula, y del tipo de actividad política que realicen, ya que la política institucional recibe una mejor prensa que el enfrentamiento físico o violento.

El rechazo a la inmigración extranjera es el elemento que, en la actualidad, identifica con mayor claridad a las formaciones dentro de la extrema derecha. La relevancia de esta temática se ha ido acrecentando con el paso del tiempo y ha pasado a ser el pilar de la movilización política de toda la derecha radical europea. Asimismo, el rechazo a la religión islámica y a la población musulmana residente en Europa ha adquirido en los últimos años un gran protagonismo en el discurso de estos partidos y ha homogeneizado en mayor medida la oferta política de la derecha radical europea. Dada la relevancia de esta temática, conviene detallar que elementos componen este discurso y como la extrema derecha ha conseguido que resulte atractivo para amplias franjas del electorado. De cara a comprender el uso político que la derecha radical ha hecho de esta temática, es necesario abordar en primer lugar el contexto ideológico que ha permitido articular un discurso de oposición a la población extranjera. El recuerdo de los postulados racistas del nazismo y el progresivo cuestionamiento científico de la división del género humano en razas hicieron que la apelación a una concepción biológicamente determinada del ser humano y a su clasificación en grupos jerárquicamente ordenados quedase fuertemente desacreditada ante la opinión pública (Stolcke, 1995).

En este contexto histórico se desarrolló un discurso de oposición a la llegada de población extranjera basado en una lógica argumental que no remitía a las viejas concepciones del racismo biológico. Este discurso, que ha sido definido por varias fuentes como un racismo cultural (Taguieff, 1992) es la base a partir de la cual la extrema derecha ha construido y justificado sus posturas contrarias a la población de origen extranjero. Con el objetivo de legitimar el rechazo a la población inmigrante sin recurrir a las referencias biológicas y jerárquicas del viejo racismo, este nuevo discurso desarrolla un esquema argumentativo centrado en el concepto de la cultura, y esta última sustituye a la raza como forma de clasificación de los individuos y de diferenciación entre grupos. La cultura es entendida como una mezcla de valores, estilo de vida y tradiciones, y es concebida de forma estática e internamente homogénea

(Kitchen & Baker, 1981). Asimismo, se considera que la pertenencia cultural es fundamental para los individuos, de forma que están determinados por esta, sin apenas posibilidad de modificar o alejarse de su origen cultural. Finalmente, la nación es identificada con una identidad cultural que se construye alrededor de elementos relacionados con su pasado, mientras que la población inmigrada es abordada a través de su diferente pertenencia cultural y, por tanto, ubicada en un espacio simbólico ajeno al cuerpo nacional. Partiendo de estas premisas, se concluye que la excesiva entrada de población con culturas distintas constituye una amenaza para la integridad cultural de la nación.

La oposición a la inmigración se presenta, por tanto, como una defensa de la identidad cultural de la nación y, en consecuencia, como una defensa de la propia nación. Un elemento clave en este esquema argumentativo es que se señala que las culturas, y los individuos que las conforman, no son desiguales sino diferentes, al mismo tiempo que se exalta la riqueza que supone la diversidad cultural. Siguiendo esta lógica, se apunta que defender la identidad cultural propia es la mejor forma de defender la diversidad cultural. El discurso culturalista también señala que las diferencias entre distintas culturas son inmensas y que su coexistencia física conduce a situaciones conflictivas. Esta asunción descansa sobre la creencia de que la xenofobia es un comportamiento inherente al ser humano. Una asunción que implica la comprensión del ser humano como un animal eminentemente territorial y con una tendencia instintiva a formar grupos internamente homogéneos y hostiles hacia otros grupos. La clave de este discurso, y la base para su explotación política por la derecha radical, esta en que articula y resalta la exterioridad de los inmigrantes respecto al grupo mayoritario y no, como hacia el racismo biológico, su supuesta inferioridad de carácter genético. Una exterioridad que marca tanto la no pertenencia de esta población a la comunidad nacional como la supuesta existencia de profundas diferencias culturales respecto a la población mayoritaria. Asimismo, el mantenimiento de las diferencias y la separación entre culturas se presentan como algo necesario para evitar la homogeneización cultural y para evitar conflictos y propio de la naturaleza humana, ya que los individuos son solidarios con los de su grupo y hostiles con los otros grupos. El esquema argumental que hemos desarrollado ha sido la justificación a partir de la cual la extrema derecha ha construido todo un discurso de oposición a la inmigración. Principalmente, ha servido para articular un discurso en que se culpabiliza a los inmigrantes de multitud de

problemáticas sociales y, en consecuencia, para defender la necesidad de una política de exclusión de la población extranjera (Betz & Johnson, 2004).

2.2. Partidos de extrema derecha en la Unión Europea

El movimiento político e intelectual que constituye la Nueva Derecha (*Nouvelle Droite*) surgió a finales de la década de los sesenta en Francia, apareciendo durante los mismos años como respuesta a la reforma intelectual que vivió la izquierda a raíz de los movimientos estudiantiles del año 1968. Desde su aparición, ha existido una considerable incertidumbre acerca de la localización de esta corriente dentro del espacio político. En la cúspide de su popularidad, la ND conservaba realmente gran parte de las bases míticas y de los planteamientos causales del fascismo, pese a las intensas alteraciones y redecoraciones estructurales que llevo a cabo en el armazón ideológico visible. No obstante, referirnos a este movimiento como fascista horrorizaría sin duda a cualquier portavoz de esta corriente. El ascenso de la misma en Europa se explica por el oportunismo de los intelectuales de derecha, que vieron la oportunidad de llenar el espacio ideológico creado por el colapso de la izquierda radical, hasta ese momento principal fuente de crítica coherente a la modernidad capitalista. La revisión del fascismo a manos de la ND se basó en dos premisas: la primera fue la adopción de la teoría de la primacía de la hegemonía cultural sobre la política, originalmente formulada por Antonio Gramsci (1978); mientras que la segunda fue la traslación de los lugares comunes recurrentes del fascismo de entreguerras, pensados dentro de un nuevo discurso que se concebía deliberadamente como metapolítico. Este movimiento propone sustituir a la sociedad pluralista y multicultural de la democracia liberal por una alianza de las comunidades culturalmente homogéneas dentro del marco de un imperio europeo federalista. Así pues, las formas occidentales de democracia basadas en los Derechos Humanos, la igualdad y el individualismo deberían ser reemplazadas por un Estado autoritario. El origen de la Nueva Derecha como corriente intelectual se halla en Francia, con intelectuales como Alain de Benoist, Guillaume Faye, el político Pierre Vial o el fallecido Dominique Venner constituyendo algunas de las principales cabezas pensantes dentro de este movimiento político. Se encargan de hacer un análisis de la historia desde una perspectiva antimaterialista que ocasionalmente se acerca a una justificación del nacionalismo romántico. Estos intelectuales y muchos otros de sus correligionarios encontraron su principal órgano de asociación en el *Groupement de recherche et d'études pour la civilisation européenne* (GRECE), que podría ser definido

como un think tank de la extrema derecha actual asociado a este movimiento, y que al mismo tiempo se convirtió en el aparcadero de distribución de distintas publicaciones destinadas a la difusión del pensamiento de la Nueva Derecha como las revistas *Elements*, *Nouvelle Ecole* o *Krisis*. En otros países de Europa como España o Italia surgieron asociaciones y publicaciones que intentaron copiar el relativo éxito que GRECE y sus divulgadores habían logrado tener en Francia, pero estos esfuerzos no lograron equipararse a la tarea librada por sus homónimos franceses en el plano ideológico (Simón, 2007).

La Nueva Derecha europea en su conjunto se define en sus textos emblemáticos como un laboratorio de ideas, una escuela de pensamiento, una comunidad de espíritu, un espacio de resistencia contra el sistema y, más recientemente, como un movimiento de inspiración comunitaria, ciudadana, europea y pagana. Su combate es metapolítico ya que, en su opinión, no hay conquista del poder político si no hay conquista previa del poder cultural. Y su punto de partida ideológico es el mismo para todos sus representantes. Benoist, con la claridad expositiva que lo caracteriza, establece a la ND europea como una disidente de la derecha institucionalizada, particularmente en el distanciamiento que respecta al liberalismo económico y al parlamentarismo como forma de gobierno. Un laboratorio de ideas que ejerce una imprescindible labor de ingeniería cultural en un adocenado mundo burgués y occidental, liderado por el imperialismo norteamericano, que ha trasmutado sus raíces judeocristianas en la hegemónica Doctrina de los Derechos Humanos, que estos ideólogos de la ND consideran como el mínimo común denominador de las doctrinas igualitarias que critican, y que constituyen en realidad una moral del rebaño destinada a alienar a unas masas de población occidentales, embrutecidas por el consumo e infantilizadas por el Estado. De ahí que estos pensadores se vean a sí mismos como una promesa de renovación en el corazón del infierno gris y frío, una empresa que pretende transmutar los valores dominantes fruto del proceso histórico e ideológico que hemos denominado modernidad, mediante una reformulación cultural, de fundamentación a la vez científica y poética, que haga posible una reformulación política y social. Los hombres de este movimiento son unos visionarios según su propio testimonio, han entendido que es lo que ocurre y como hay que obrar en consecuencia. Otra cuestión es que los hombres y los pueblos no quieran oír su mensaje, hagan oídos sordos a una crítica radical porque han sido educados según unos nefastos criterios que supuestamente los han inmerso en el individualismo, el igualitarismo y el universalismo. Estos últimos ideales, según

afirman los teóricos de la ND, son compartidos por todas las familias ideológicas desde los trotskistas a los neoconservadores. Por ello la tarea de este grupo de intelectuales es tan ardua como imprescindible, solo al alcance de hombres selectos que consigan ser libres a través de sus actos. Y, con su libertad, alcanzar la regeneración de sus comunidades: acabar con la anomia; lograr la armonía; que el organismo social se estructure de un modo que ellos consideran como natural, con una fuerte jerarquía, y que las instituciones intermedias entre el Estado y el individuo cumplan con su misión protectora. El Estado ira dirigiendo la política y la sociedad étnicamente homogénea mientras controla la esfera productiva, y la inmigración será vista como un fenómeno negativo (Mellón, 2011).

Básicamente, la ND planea sustituir la Tercera Vía entre el liberalismo y el bolchevismo que surgió en el periodo de entreguerras por una Tercera Vía concebida en términos fundamentalmente culturales, sociales y antropológicos. Alain de Benoist, el máximo exponente de esta corriente intelectual, podía dar testimonio a finales de los años ochenta de que había llevado a cabo el logro de maquillar el discurso fascista clásico tan satisfactoriamente que parecía irreconocible. Pero la mentalidad básica de los ideólogos de la ND, en el periodo entre las décadas de los años setenta y los años noventa, siguió siendo palingenésica y ultranacionalista. A través de la prolífica producción publicista de sus portavoces, se proponía ganar el control sobre las fuerzas de la producción cultural, y de este modo provocar un renacimiento europeo que haría añicos el monstruo totalitario y etnocida que la globalización representa para ella. La ND no ofreció ningún tipo de programa nuevo ya que retuvo en su cosmología el núcleo mítico las ideologías fascistas de entreguerras e insistía en la relevancia de comprender la presencia de las ideas expuestas sesenta años atrás en un contexto social y político completamente diferente. No solo ha retenido celosamente la estructura básica de los sueños y actitudes del fascismo, sino también algunos de sus análisis culturales originales. Su novedad reside precisamente en dar al fascismo un nuevo pasaporte intelectual con el cual ha sido capaz de operar como una forma de especulación cultural. En la fase actual, los autores de la ND adoptan un pesimismo cultural, y la posibilidad de que la ND francesa deba ser vista como un think tank neofascista puede ser perfectamente coherente con el hecho de que los ideólogos más habituales de esta corriente no tienen vínculos explícitos con ningún activismo político, y no van más allá de ofrecer críticas altamente teóricas de los efectos fundamentales del sistema mundial actual, sin sugerir ninguna alternativa práctica para el futuro inmediato. El colapso de la

izquierda, combinado con los continuos fallos del liberalismo, está creando el espacio idóneo para un renacimiento de la derecha radical, cuya identidad central se revela como una permutación revisionista y exclusivamente ideológica del neofascismo.

Según la óptica analítica de la Nueva Derecha, vivimos una época de decadencia, el espíritu occidental ha alcanzado su punto límite, su umbral de esterilidad, su ancianidad, debido a la visión hegemónica del mundo individualista y economicista, así como al abandono de la espiritualidad. La modernidad ha supuesto un gradual proceso de alienación respecto a una vida buena y satisfactoria en todo Occidente, ya que los valores, criterios base e idearios de la Ilustración se basan en una concepción errónea del hombre. Aunque el mal viene de antes, la Ilustración hereda, íntegramente, los idearios universalistas e igualitaristas del cristianismo. El liberalismo es una filosofía política e ideología totalmente errónea, ya que hace del individuo abstracto la clase de bóveda de todo su sistema. En el terreno político, el liberalismo tiene un fondo anárquico, ya que el régimen ideal es aquel que establece la menor autoridad posible; mientras que en un plano social consume la ruptura con el principio holista y niega la noción de interés colectivo, constituyendo la sociedad simplemente la suma de los intereses particulares. El liberalismo es visto como una máquina de producir desilusión, como motivo de la anomia social presente, es visto como destructor de las identidades colectivas y las culturas enraizadas, como generador de uniformidad. Combatir el liberalismo es combatir el mal de raíz, según la ND. Además, nos encontramos en una situación histórica que exige reflexión, acción y cambio. Existe la posibilidad, según sus análisis, de que la modernidad se convierta en el enterrador de la civilización occidental, materialización histórica de la conciencia cristiana, dados los riesgos de desestabilización efectiva del sistema político y económico a nivel global. Según los ideólogos de la ND, mas allá de un cierto límite, la regulación de un sistema en crisis no es posible. La expansión del orden occidental puede provocar su retractación, y por lo tanto, el desmoronamiento general de su concepción del mundo, de su modelo existencial, de su conciencia. Se puede esperar que los modelos de sociedades revolucionarias se orienten naturalmente hacia visiones orgánicas. En resumen, las autodefiniciones y el diagnóstico de los problemas mas relevantes, según los análisis de la ND, nos permiten exponer que la perspectiva palingenésica-nativista, el holismo, el antiliberalismo y el diferencialismo constituyen las concepciones nucleares de su ideario (Simón, 2007).

Conclusiones

En los últimos tiempos hay una tendencia por parte de los estudiosos de la extrema derecha a pisar el acelerador y directamente distanciar su objeto de estudio del de los estudiosos del fascismo. Junto a las razones que acabamos de señalar se esgrime el argumento que hablar de fascismo a la hora de analizar el fenómeno político de la nueva extrema derecha o derecha radical populista genera confusión y no aporta claridad analítica. No obstante, la desvinculación total de estas dos familias de partidos puede ser demasiado categórica, e incluso precipitada, ya que existen elementos de continuidad y contacto que no deben ser desdeñados y sin los cuales obtendríamos una imagen completa de lo que es la derecha radical populista. Se ha señalado que la Nueva Derecha europea es principalmente un intento de actualizar el pensamiento fascista y adecuarlo a las adversas circunstancias sociales y políticas de la Europa de posguerra. Asimismo, la Nueva Derecha europea ha proporcionado algunos de los materiales conceptuales que han sido usados por la nueva extrema derecha para construir un discurso acorde con las demandas de la población europea de la segunda mitad del pasado siglo. De tal manera que la Nueva Derecha habría posibilitado que exista un hilo de continuidad entre el pensamiento político de estas dos familias de partidos. A nivel de las características y actividades de las propias formaciones también existen elementos de continuidad a tener en cuenta. El hecho de que gran parte de los partidos de derecha radical populista presenten liderazgos fuertes y carismáticos se considera un elemento de similitud con los partidos del fascismo clásico. Por otro lado, en ocasiones algunas de estas formaciones realizan una lectura benévola de la historia del fascismo y efectúan ciertas referencias al electorado y a la cultura política de la extrema derecha tradicional. En relación con esta cuestión, resulta conveniente distinguir entre dos tipos de partidos en el interior de la nueva extrema derecha. Un tipo serían aquellos de larga tradición política que efectivamente realizan estos guiños, especialmente el Frente Nacional francés, el Partido de la Libertad austriaco y el Vlaams Belang flamenco, y el otro serían aquellos partidos completamente nuevos que no presentan vínculos con, ni hacen ningún tipo de referencia a, este universo político. No obstante, es más que claro que una parte de la militancia de las nuevas formaciones proviene de la extrema derecha tradicional o neofascista. Una continuidad militante que, además de mostrar un contacto y una cierta continuidad entre las dos familias de partidos, plantea la hipótesis de que, en algunos casos, la experiencia activista de los miembros de la extrema derecha tradicional ha contribuido al despegue político de la nueva extrema derecha. La

dispersión del fascismo de posguerra en pequeños grupos de activistas habría creado una reserva de extremismo que habría sido capitalizada por algunas de las nuevas formaciones para crear organizaciones con una base militante relativamente sólida y experimentada, aunque en algunos casos el relevo generacional a nivel de individuo e institución ha moderado ligeramente esa influencia del neofascismo de posguerra sobre los partidos de la nueva extrema derecha.

Bibliografía

ACHTERBERG, P., & HOUTMAN, D. (2006). *Why do so many people vote 'unnaturally'? A cultural explanation for voting behaviour*. *European Journal of Political Research*, 45(1), 75-92.

BETZ, H. G., & JOHNSON, C. (2004). *Against the current—stemming the tide: the nostalgic ideology of the contemporary radical populist right*. *Journal of Political Ideologies*, 9(3), 311-327.

COLLOTI, E. (1989). *Fascismo, fascismi* (Vol. 6). Milano: Sansoni.

EATWELL, R. (2003). *Ten theories of the extreme right*. London, U. K.: Frank Cass, pp. 45-70

GALLEGO, F. (2004). *El nazismo como fascismo consumado. Pensar después de Auschwitz*. Barcelona: El Viejo Topo.

GOODWIN, M. J. (2007). *Grandpa's fascism and the new kids on the block: contemporary approaches to the dark side of Europe*. *Ethnopolitics*, 6 (1), 146.

GRAMSCI, A. (1978). *Selections from political writings (1921-1926)* (Vol. 1). London: International Publishers.

GRIFFIN, R. (1991). *The nature of fascism*. Oxford: Psychology Press.

GRIFFIN, R. (2000). *Interregnum or endgame? The radical right in the 'post-fascist' era*. *Journal of Political Ideologies*, 5(2), 163-178.

GRIFFIN, R. (2010). *Modernismo y fascismo: la sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler* (Vol. 305). Madrid: Ediciones Akal.

LINZ, J. J., GILBERT, J. R. M., & MILEY, T. J. (2008). *Fascismo: perspectivas históricas y comparadas* (CXVI, 341 p.); 2. *Nación, Estado y lengua*; 3. *Sistemas totalitarios y regímenes autoritarios* (XLIV, 641 p.); 4. *Democracias: quiebras, transiciones y retos* (LVII, 769 p.). Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

MELLÓN, J.A. (2011). *El Eterno Retorno. ¿ Son fascistas las ideas-fuerza de la Nueva Derecha Europea (ND)?*. Foro Interno, 11, 69.

MELLÓN, J. A. (2012). *El fascismo clásico, 1919-1945 y sus epígonos: nuevas aportaciones teóricas*. Madrid: Tecnos.

MINKENBERG, M. (2000). *The Renewal of the Radical Right: Between Modernity and Anti-modernity*. Government and Opposition, 35(02), 170-188.

MUDDE, C. (2007). *Populist radical right parties in Europe* (Vol. 22, No. 8). Cambridge: Cambridge University Press.

NORRIS, P. (2005). *Radical right: Voters and parties in the electoral market*. Cambridge: Cambridge University Press.

KITCHEN, M., & BAKER, E. (1981). *The coming of Austrian Fascism*. London: Routledge.

KITSCHOLT, H. & MCGANN, A.J. (1995). *The radical right in Western Europe: A comparative analysis*, 60. Michigan: University of Michigan Press.

PAXTON, R. O. (2005). *Anatomía del fascismo*. Barcelona: Península.

PAYNE, S. G. (2001). *El fascismo*. Madrid: Alianza.

RYDGREN, J. (2005). *Is extreme right-wing populism contagious? Explaining the emergence of a new party family*. European Journal of Political Research, 44(3), 413-437.

RYDGREN, J. (2007). *The sociology of the radical right*. Annu. Rev. Sociol., 33, 241-262.

SIMÓN, Miguel Ángel (coordinador). (2007). *La extrema derecha en Europa desde 1945 a nuestros días*. Madrid: Tecnos.

STOLCKE, V. (1995). *Talking culture: new boundaries, new rhetorics of exclusion in Europe*. Current anthropology, 36(1), 1-24.

TAGUIEFF, P. A. (1992). *Du racisme au mot «race»: comment les éliminer? [Sur les premiers débats et les premières Déclarations de l'Unesco (1949-1951) concernant la «race» et le racisme]*. Mots, 33(1), 215-239.

TAGUIEFF, P. A. (2007). *Interpretar la ola populista en la Europa contemporánea: entre resurgencia y emergencia*. En SIMON, Miguel Ángel (2007) *La extrema derecha en Europa desde 1945 a nuestros días* (pp. 39-66). Madrid: Tecnos.